



Sesenta y ocho gramos de Luna

En el salón de actos del Instituto de Investigaciones Científicas, en Madrid, se expone una porcelón de roca lunar —sesenta y ocho gramos—, que trajo la expedición del «Apolo XI».

desde hace cerca de dos meses, en Washington se halla en curso una negociación «global» ultrasecreta entre Rogers y Dobrynine. Soviéticos y americanos tratarían de desembarazarse mutuamente (en la medida de lo posible) de los cenagales de Indochina y del Próximo Oriente; intentarían llevar tanto a los norvietnamitas como a los israelíes por el camino de las concesiones y de la negociación. ¿Acaso no obligaron los americanos, en 1956, a Israel a que arrojara lastre? ¿Y los soviéticos, en 1954, a Ho-Chi-Minh, en Ginebra, a contentarse con una semivictoria?

Esta conjunción de intereses entre los grandes, ¿no podría, en fin de cuentas, desembocar en un re-

glamento que obligara eventualmente a los norvietnamitas y vietcongs a renunciar a liberar totalmente su país (podrían, se les dirá, reanudar la lucha dentro de diez o veinte años)? Los vietnamitas no escucharán, ciertamente, estos «prudentes» consejos sin amargura, y nada hace presagiar que hayan de plegarse, dejándose «manejar» por segunda vez por sus grandes aliados. Mientras, se espera en Washington febrilmente los alientos de Moscú o de Pekín para un «nuevo Ginebra». Y se gana tiempo, enviando a las tropas del general camboyano Lon Nol algunos fusiles chinos tomados a los vietcongs por los vietnamitas. ■ LOUIS WITNITZER.

PABLO VI Y LA TORTURA

En el decurso de una audiencia en que intervenían numerosos peregrinos, Pablo VI les ha expuesto largamente los principales «motivos de dolor» que le llegan de los acontecimientos actuales. Concretamente ha declarado: «No podemos por menos que deplorar y desear que, por el honor mismo de naciones que nos son tan caras, los hechos desmientan los casos de tor-

turas policiales que les son atribuidos. Mucho se ha hablado de esto y Nos mismo, no sin alimentar cierta positiva esperanza, hemos intervenido como se debía».

Según determinados comentarios oficiosos, Pablo VI, al evocar las torturas policiales entre sus más agudos «motivos de dolor», se refería al Brasil, aunque también, quizá, a otros países católicos, como, por ejemplo, Argentina.

HABLE USTED EUSKERA

Decía Melchor de Santa Cruz, clásico castellano del siglo XVI, en su «Floresta española de Apotegmas», que un vizcaíno que quiso decir que estaba bueno el pescado en escabeche dijo que le habían sabido bien «los peces en azabache». Otro que quiso encarecer un gallo que había comido, dijo: «Gallina macho, bien me supo». En otra ocasión, cuenta don Melchor, un funcionario pesquisidor leyó, en la plaza de un pueblo de Vizcaya, una

provisión, y, al recitar los títulos del Rey de España, dijo: «De Castilla, de León, de Aragón, etcétera». Los vizcaínos que le rodeaban dijeron: «Rey y Reina obedecemos, etcétera no conocemos». En otro caso de los que cuenta, un caballero que tenía que enviar un recado a una señora preguntó a sus criados: «¿Cuál de vosotros irá que sepa decir lo que yo le mandare?». Dijo un vizcaíno: «Yo, señor». Respon-

dió el amo: «No es cosa que vayas tú, que es menester hablar con eficacia». Y añade Santa Cruz: «Pensando el vizcaíno que eficacia era algún señor de mucha calidad, se ofreció a ir diciendo: «¿Hablar con eficacia? Y aun con diabla que sea»».

El autor de la «Floresta», al recoger los apotegmas o chistes de su época, en el capítulo «De vizcaínos» nos transmitía, quizá sin quererlo, la tragedia íntima —incomprensible y cómica vista desde fuera— de un pueblo a quien la Historia privó del derecho elemental, mínimo, a hablar su lengua. El Fuero de Vizcaya, que fue recopilado igualmente en el siglo XVI, se escribió en idioma castellano y nunca fue traducido. Y cuando los representantes de las distintas demarcaciones del país vasco se reunían en la Junta de Guernica, el vascuence quedaba excluido de los debates, dándose el caso de que los representantes tuvieran que llevar sus intérpretes para que les tradujeran ante los demás representantes, vascos como ellos, que asistían a la Junta. Idioma primitivo, verdadero tesoro lingüístico único en el mundo, se fue perdiendo progresivamente en las ciudades, y quedó relegado a las aldeas y a los caseríos, donde se conservó una literatura y una poesía eminentemente oral, raras veces escrita. Desprestigiado, por aldeano, arrastró una existencia miserable ante la creciente influencia del idioma castellano. Me contaban, estos días de mi estancia en Bilbao, varios episodios del aplastamiento del vascuence, pero ninguno me impresionó tanto como este que aquí refiero, sin que me haya sido posible comprobar su autenticidad histórica. Y es que el Rey Sancho García de Navarra no se llamaba Sancho sino Urko, y el nombre de Sancho García se lo inventaron después de su muerte los cronistas castellanos, sin que el buen Urko llegara a enterarse del escamoteo de su nombre.

Una «Floresta» actual de apotegmas o chistes españoles tendría que recoger todavía un capítulo «de vizcaínos», pues, aun en nuestros días, la forma de hablar o el acento de los vascos, como también de los catalanes o gallegos, son a menudo tomados a chacota, de una forma sin duda inocente, por la gente española. Y es que cuando un vasco, y especialmente un aldeano vasco, habla el castellano, está hablando un idioma que no es completamente el suyo. Digo «completamente» porque, en un país que ha dado algunos de los mejores escritores españoles, no se puede decir que el español sea hoy una lengua foránea. Es, sencillamente, un país bilingüe. La pretensión de imponer un monolingüístico en el país vasco, y algo parecido podría decirse de Cataluña o de Galicia, sería ahora tan extrema como desafortunada.

Es sobre esta base bilingüe que parece haberse concebido el movimiento de las llamadas «Ikastolas», o más correctamente, en plural, «Ikastolak», palabra vascuence que significa simplemente «escuela». Movimiento auténticamente espontá-

neo que no está dirigido o planificado desde arriba, sino surgido de abajo ante el creciente sentimiento de la necesidad de la recuperación de la lengua, las «Ikastolas» funcionan, no sin trabajos y tribulaciones económicas, de una manera un tanto anárquica o, mejor dicho, romántica. En muchas de ellas se concede un cincuenta por ciento de becas, y a los niños que no pueden pagar todo el estipendio se les permite que paguen lo que puedan. Las madres de los alumnos se obligan en muchos casos a prestar su ayuda a la escuela por turnos, participando activamente en la enseñanza. En las «Ikastolas» se imparte la enseñanza no sólo del vascuence, sino de todas las materias que se dan en los demás colegios o en los centros oficiales, con la diferencia de que se enseña, también, en vascuence. La fórmula empleada es enseñar a los niños, hasta los seis años, exclusivamente en euskera, y a partir de los seis años, en euskera y castellano, de manera que lleguen a dominar ambas lenguas en todas las asignaturas del programa.

Guipúzcoa lleva la delantera sobre Vizcaya en el movimiento de las «Ikastolas» de nuestra época, pues se inició hace dieciséis años en San Sebastián y sólo doce en Bilbao. Hoy existen 67 «Ikastolas» en Guipúzcoa, contra 32 en Vizcaya y un número sensiblemente inferior en Alava y en Navarra. Se calcula que tres mil niños vizcaínos reciben enseñanza en las «Ikastolas». No son pocos, por otra parte, los colegios religiosos o particulares que han comenzado a incluir el vascuence entre sus asignaturas.

El interés que parece despertar en nuestros días la cultura vasca —lo decía hace unas semanas a propósito de la Semana de Antropología— es evidente. Cada vez es mayor el número de familias que hablan vascuence en casa. Numerosos adultos asisten a cursos de euskera para recuperar la lengua que aprendieron de niños y luego olvidaron. Emplea a producirse un fenómeno que en Cataluña adquiere ya proporciones considerables. Y es que los inmigrantes, a los que se conoce en vascuence por «make-tos», empiezan a interesarse, tímidamente, por el idioma del país en que trabajan. Esto va paralelo también con el progresivo abandono, por parte de una inmensa mayoría de los vascos, de ese sentimiento de superioridad racial que podía reprocharse justamente a los movimientos nacionalistas del pasado. Y, sobre todo, va ganando terreno la idea de que, al recuperar el vascuence, se recupera también algo del primitivo espíritu del pueblo vasco, igualitario, llano y democrático, frente a la alta burguesía madrileñizada, rudamente «españolista», que no ha sabido o no ha querido estar a la altura de lo que de ella se exigía. Por lo demás, el euskotarra, es decir, el vasco que no habla vascuence, va siendo, lentamente, sustituido por el euskeldin, es decir, el que lo posee y lo domina. Por todo ello es hoy ya grato decir, en recomendación amigable: «Euzkeraz itz egizu» («Hable usted euskera»). ■ LUIS CARANDELL.